

Javier Rebolledo

# Los hijos del frío

## INTRODUCCIÓN

Hace un tiempo comencé a observar, con mucha dificultad, que la esencia de los temas abordados a lo largo de mi carrera se repetía. Parecían unidos a través de una hebra invisible, alimentada por un misterio sin solución.

Explico esto debido a que, en 2007, cuando empecé a investigar el centro de exterminio ubicado en la calle Simón Bolívar, nunca imaginé que exactamente diez años después, con varios ciclos vinculados a ese lugar, a los crímenes cometidos ahí y a la infinidad de preguntas que me hice en torno a esos horribles episodios —probablemente para no desfallecer—, una parte de esa historia volvería a mí, sin que yo la buscara. La nueva historia o investigación llegó hasta la puerta del lugar donde había decidido vivir poco tiempo atrás, una cabaña perdida, fuera de la ciudad, elegida a dedo para olvidar muchas cuestiones, alejarme de otras y esconderme de otras tantas más. Llegó envuelta en la imagen de otro trabajo, con nuevas preguntas, con forma y rostro de gente conocida. Parte de un enigma guardado durante años en algún lugar de mi memoria, casi olvidado, y que esa tarde cobró vida propia, como si no hubiera pasado un segundo desde la primera vez que lo enfrenté sin éxito.

Esa tarde de abril de 2017, recordé que ese misterio había dejado en mí el rastro de un camino brumoso, de un ciclo interrumpido.

## 1) Recuerdos fotográficos

En 2009 trabajaba con Marcela Said y Jean de Certeau en la factura de lo que finalmente sería el documental *El Mocito*. Gran parte del contenido era un registro de distintos eventos en torno a la compleja personalidad de Jorgelino Vergara, cuya historia es la de un chico campesino muy pobre que, por avatares de la vida, durante la dictadura de Augusto Pinochet trabajó en un centro de exterminio como asistente de mozo. Más de treinta años después de ocurridos los crímenes, Jorgelino fue encontrado por la policía. Aún recordaba los nombres de los uniformados a cargo de las torturas y los horrores que le tocó ver. Hasta ahora el testimonio que entregó en enero de 2007 es el más valioso en la historia de las causas de lesa humanidad durante la dictadura, porque develó la existencia del cuartel Simón Bolívar, único centro de exterminio probado judicialmente hasta ahora en Chile.

La mayoría de las víctimas del cuartel Simón Bolívar eran integrantes del Partido Comunista, detenidos desaparecidos producto de una razia emprendida por la dictadura para erradicarlos del país. Jorgelino no recordaba el rostro de casi ninguna de las personas que pasó por ahí. Uno de los motivos, según él, fue que la mayoría lucía de forma similar: caras hinchadas por los golpes, barbas largas en el caso de los hombres, ojeras, todos en muy mal estado; y él solo los podía ver en algunos momentos: cuando llegaban, cuando eran torturados en los jardines de la parcela ubicada en La Reina, o cuando debía levantar sus cadáveres, luego de las pateaduras campales propinadas por los agentes, parte del sistema infernal, donde el más malo, el más cruel, el más anticomunista, quien torturaba con mayor ferocidad, era el mejor evaluado.

Pero Jorgelino sí recordaba el rostro de algunos de los comunistas que pasaron por el cuartel, y uno de ellos era Daniel Palma Robledo, detenido desaparecido hasta hoy.

Por ese motivo, durante la última parte de 2009, Ricardo, uno de sus hijos y querellante junto a sus cuatro hermanos en la causa judicial por su desaparición, contactó a Marcela. Como Jorgelino solo había mencionado de forma general la presencia de Daniel en el centro de exterminio, quería que se lo presentara.

A Marcela y a Jean les pareció interesante reunir en cámara a Jorgelino con la familia de un detenido desaparecido. Víctimas y victimario frente a frente. Si bien Jorgelino no cuadraba con el perfil de los agentes, varios aspectos de su personalidad lo emparentaban con ellos. También la proximidad y el trabajo concreto que le cupo en muchos de los hechos criminales ocurridos en el cuartel.

Ricardo y sus cuatro hermanos accedieron a ser filmados. Llevaban treinta y tres años siguiendo la pista de su padre, desaparecido el 4 de agosto de 1976, y les interesaba, necesitaban más bien, algo de verdad, una dosis de calma, escuchar al Mocito y que les dijera cara a cara qué había sucedido con Daniel.

\*\*\*

Ya editadas las imágenes que habíamos grabado, el documental muestra la llegada de Jorgelino a una casa de campo. Había rasurado su clásico bigote corto y bien delineado, presente en escenas anteriores de la película, adquiriendo un aspecto completamente distinto. Gracias a unos grandes anteojos ópticos y un sombrero de cuero con un ala gigante, me pareció que su rostro se tornaba más amable e indefinido a la vez. Como si al intentar camuflarse, quizás por temor a represalias —de cualquier forma una locura, pues aparecería durante setenta minutos de película en las más variadas posiciones y escenarios—, hubiera querido causar un efecto positivo en sus interlocutores.

En la puerta lo recibe Ricardo, un hombre cercano a los sesenta años, de ojos tristes y movimientos suaves.

—Buenas tardes —le dijo Jorgelino a Ricardo, quien abre el portón de madera.

—Adelante —le responde Ricardo con amabilidad.

—Con permiso.

—Bienvenido.

—Un placer. Jorgelino Vergara.

—Pasa. Gracias.

La siguiente escena ocurre en una amplia y antigua terraza colonial. Dentro del plano general, a un lado, un pilar de madera sostiene la techumbre; al otro, una ventana se extiende desde las cercanías del piso hasta casi alcanzar el techo. Atrás, un macetero colgante y, sobre muebles, una escultura y adornos de greda. Objetos de otro tiempo, campestres. Al centro del plano, en torno a una mesa rectangular y amplia, con un mantel amarillo, se encuentra Jorgelino y cuatro de los hermanos Palma. A la derecha, casi de espaldas a la cámara, se sienta José; Pablo y Patricia, de perfil y a la izquierda. Todos dirigidos hacia Jorgelino, ubicado al centro del plano, junto a Ricardo, quien llevará la conversación. En una habitación contigua, fuera del plano, escuchando y fumando nerviosa, está Leonor, la segunda hermana en orden de mayor a menor.

Un Jorgelino extremadamente cuidadoso pide permiso para beber agua, mientras Ricardo, con un jarro en la mano, llena un par de vasos.

—Sí —le responde Ricardo—. Nosotros queríamos conversar contigo. Somos hijos de Daniel Palma.

—Ya —responde Jorgelino.

—Y tú reconociste a Daniel Palma. La foto de él. Es primera vez que alguien lo reconoce.

—Ya —asintió nuevamente Jorgelino, y dejó el vaso de agua sobre la mesa.

—Desde el año 76 —le especifica Ricardo—. De esto nosotros nos enteramos en el año 2009. Son treinta y tres años.

—Treinta y tres años después —repite Jorgelino, con el tono de quien siente empatía.

—De silencio —le recalca Ricardo—. O sea, que tú lo hayas reconocido, para nosotros, es un cambio fundamental en el escenario.

—Ya —parece tomarle el peso Jorgelino.

—Primero, te lo agradecemos.

—A vuestra disposición.

—Es una información que es súper valiosa. Y por eso queremos conversar contigo —dice Ricardo, mientras Pablo y Patricia toman sus manos sin dejar de observar a Jorgelino con atención—. Primera persona que lo reconoce, que lo testifica frente a un juez también, lo que tiene un valor tremendo porque es un testimonio, y que admite hablar con nosotros. Nosotros pensamos que en estos asuntos la verdad cura.

—Cierto —asiente Jorgelino con tono decidido—. En gran parte. No total y absolutamente.

—Pero ayuda —recalca Ricardo.

—Sí —responde Jorgelino.

A continuación, la cámara registra un plano donde Ricardo pone cuatro fotografías de Daniel Palma frente a Jorgelino. En dos de ellas está sentado con los codos sobre una mesa. En otra, cruza una calle detrás de una mujer. La cuarta es un retrato frontal de su rostro: el entrecejo curtido y las cejas gruesas, bajo las cuales un par de ojos achinados y profundos dan a su mirada un aspecto vivo, perturbador, porque ya no está ahí. Es un fantasma.

El siguiente plano muestra a los hermanos Palma y a Jorgelino, mientras este toma una de las fotografías para observarla con atención.

—¿Qué sabes de él? —le pregunta Ricardo luego de esperar un instante, con tono suave y un vaso de agua en la mano del que comienza a beber.

—Bueno —le responde Jorgelino, y deja la fotografía sobre la mesa—. Que dentro de todo mi recuerdo voy a hacer una



secuencia de memoria. Yo lo vi en el cuartel Simón Bolívar, cuartel Lautaro de Simón Bolívar 8800.

—¿En qué circunstancia lo viste? —le pregunta José.

—Como detenido, preso político que sufrió torturas...

Patricia enciende un cigarrillo y su hermano Pablo, sin quitarle los ojos a Jorgelino, estira su mano para que ella se la tome otra vez.

—Y que la verdad es que con el transcurso del tiempo —continúa Jorgelino—, después no lo seguí viendo. Ya habían salido varios detenidos del cuartel, pero en calidad de muertos. ¿Me entiende?

A continuación, se observa solo un retrato de Daniel. Hay un silencio de varios segundos y luego la voz en off de Jorgelino:

—¿Su padre? Que en paz descansa —pregunta, y la cámara vuelve a registrarlo. Esta vez a más corta distancia, solo junto a Ricardo dentro del plano—, ¿qué profesión tenía?

—Mi padre no alcanzó a terminar la primaria —le dice Ricardo con orgullo.

—Ya —le responde Jorgelino sin quitarle la vista.

—Era un hombre sumamente inteligente —continúa Ricardo—. De hecho, la marca de él la ves acá, en nosotros. Somos todos profesionales. Y nos ha ido bien en la vida.

—Ya —dice Jorgelino otra vez, activo, interesado, asintiendo repetidas veces con su cabeza—. Eso es lo que sembró.

—Es lo que sembró —repite Ricardo, durante un instante con la vista perdida—. Y que podamos estar ahora hablando contigo tranquilos —continúa mientras recalca con el dedo índice, al tiempo que dirige una mirada resuelta a Jorgelino—, es herencia de él. Y hoy día es la calidad humana de él la que nos permite estar acá.

Jorgelino asiente conforme, mientras toma su barbilla, como si las palabras recién escuchadas lo hubieran hecho reflexionar y reconocer un valor trascendental.

—Entiendo. Interesantísimo —dice.

—No hacer un drama inútil —continúa Ricardo, con un halo didáctico—. No montar una historia que no valga la pena, sino tratar de salir de esto del mejor modo posible.

—Correcto —le responde un Jorgelino claro, asertivo.

—Y el mejor modo posible no nos incluye solo a nosotros —concluye Ricardo—. También te incluye a ti. O sea, qué cosa decente puede hacer uno con esto que ya pasó.

Otra vez en un plano que contiene a los hermanos Palma y a Jorgelino, con los brazos cruzados sobre el vientre, este asiente mecánico, dando por entendido el sentido de las palabras recién escuchadas.

—Usted quiere los nombres directos de los torturadores —afirma para cerciorarse.

—Sí —le responde Ricardo con resolución, y sus hermanos asienten también con la cabeza—. Yo quiero saber.

Jorgelino los observa, asiente, luego pide permiso y se da vuelta para tomar su bolso desde donde saca papel y lápiz. A continuación, empieza a escribir. Nombres, al parecer, uno detrás de otro. Mientras, los hermanos esperan casi sin moverse. Luego de terminar la escritura, Jorgelino permanece varios segundos observando la hoja. Finalmente toma el papel y se lo entrega a Ricardo.

—Señor.

—Muchas gracias —le responde Ricardo mientras le da una ojeada fugaz al papel y luego se dirige a Jorgelino—. ¿Alguna vez tú habías hecho esto?

—Nunca.

—¿Primera vez?

—Sí.

—Te lo agradezco, muchas gracias.

En ese momento, Pablo, el mayor de los hermanos Palma, posa una de sus manos sobre el hombro de Jorgelino y se lo aprieta en señal de agradecimiento.